

color local porque éste surge naturalmente de la composición del clima dado a cada historia.

Se advierte en Gravina, a pesar de su intento de objetividad narrativa, una real piedad por sus personajes, que gracias a la fuerza narrativa del lenguaje elegido se traslada al lector. Sin caer en el pintoresquismo descriptivo, las imágenes del campo uruguayo —dadas con pocos trazos— resultan certeras, precisas, semejantes a antiguos grabados en movimiento. Y los caracteres de los personajes nunca incurren en el estereotipo. No hay finales sorpresivos, ni remates más propios de la prestidigitación que de la literatura: las historias transcurren por carriles de lógica narrativa donde los personajes (sin resultar nunca maniqueos) actúan de acuerdo a sus posibilidades, a las que les ha otorgado el árido medio en el que han vivido.

Lo mismo ocurre con los cuentos de la ciudad, en donde quizá se acentúen los rasgos de frustración y desesperanza, pero sin caer en tintes melodramáticos. Sin embargo, no puede pasarse por alto la constante humorística que brota de los cuentos, incluso cuando se refieren a situaciones en sí dramáticas, y esto parecería deberse a la actitud esperanzada que sirve de común denominador a todos los trabajos de la antología. Postura que puede sintetizarse en las palabras de un personaje de la última narración: *Despegues*, cuando al hablar de la situación política de su país explica: «Estamos jugando una partida de las bravas; muy complicada, muy dura y sin reloj; pero aunque nos hayan comido piezas, y nos coman, la coronación de nuestros peones, de acuerdo a la estrategia y táctica utilizadas, es inevitable, y ahí radica el triunfo final.»—H. S.

MARCOS BRITOS: *La flor en el muro*. Ed. Tres Tiempos. Buenos Aires, Argentina, 1979.

Primer libro. Pero con muchas de las ventajas que pueden encontrarse en una obra inicial cuando su autor es un poeta que se muestra seguro y sin los titubeos habituales de los primeros tanteos en el oficio.

Así como alguna vez Macedonio Fernández confesó que suponía que si pudiera tirarse en el campo en silencio un día entero llegaría a entender el mecanismo del universo, Britos intuye que «Si un grano de arena se posara sobre mi mano / yo sentiría su peso / así como el llanto de las hojas / y el viento». Luego confiesa: «descubrí un escondido rincón bajo cierta bruma casi gris / a donde cada día

entro / para dejar algunas hojas amarillas / y de donde cada día salgo / cargado con palabras y voces nuevas / que voy dejando enredadas en el pelo de la mujer querida.»

Acierta también Britos en las descripciones, breves como pinceladas, «flashes», instantáneas: «Se alargaron las sombras sobre la tierra / y el horizonte no fue una línea. / Se apagaron las luciérnagas / y la noche quedó sola», o en el poema *El bebedero*: «Alguien se detuvo alguna vez / a observar / sus mágicos contornos de mujer. / Se inclinó luego / y bebió de su vertiente. Al apartarse / cayó una hoja y suavemente se impregnó de frío / El sol / quebró un arcoiris sobre las piedras blancas. / Era otoño.»

Recorre la totalidad del poemario una sensación de alegre confianza en el porvenir, de fe en el futuro que —por inusual— sorprende; es como una apuesta a la vida, a los rincones positivos del hombre que no suele aparecer con frecuencia (más allá de las razones objetivas) en la poesía de los últimos años. A manera de ejemplo puede tomarse el breve poema dedicado a su mujer embarazada: «Arrinconada entre mis brazos / señala con mi índice su ombligo / esta mujer mía / en su diaria tarea de hacerme recordar / que aún quedan razones / que ella anda / de aquí / para allá / sufriendo una.» El poema *Atentado* también viene a confirmar lo dicho: «vieron tardes debatirse entre garras / lagos morir lentamente / agonizar el pan el cielo las gaviotas / vieron / que la arena en las playas era piedra / que enterraban la palabra, la música, el color / que eran clausuradas las estrellas /por eso / atentaron contra la tristeza / convocaron a ciertos pájaros / y al viento.» Y si viene la muerte pide «morir con su nombre entre los labios», que es una manera de elegir el lado del amor, o, para decirlo con palabras ajenas, una manera de «disparar contra la muerte».—H. S.

LECTURA DE REVISTAS

ASCLEPIO (Archivo Iberoamericano de Historia de la Medicina y Antropología Médica.)

Este nuevo número, el 29, de *Asclepio*, ha sido íntegramente dedicado (en homenaje al profesor Pedro Laín Entralgo) a recoger las ponencias y comunicaciones del V Congreso Nacional de Historia de la Medicina, realizado en 1977 en Madrid, y que estuvo dedicado al tema de las epidemias ocurridas entre el siglo XVI y el siglo XIX.

Hace algunos años, Antonio Domínguez Ortiz se mostraba sorprendido por el hecho de que muy pocos médicos con vocación histórica se hubiesen dejado sugestionar por el tema de las epidemias; ahora Antonio Carreras Panchón, en el primero de los trabajos recogidos en el volumen, recuerda el dato, se felicita de que ello ya no sea así en la bibliografía médico-histórica y agrega varios datos para el mejor conocimiento de las epidemias que tuvieron lugar durante el Renacimiento, cuando la peste era conocida bajo diversas designaciones: «pestilencia, mal contagioso, enfermedad de secas y carbunclos». Considera Carreras Panchón que —entre otros motivos de menor trascendencia— debe resaltarse en el desarrollo de las epidemias «la disposición arquitectónica de los edificios con un predominio grande de la madera que favorecía el anidamiento de roedores». Por otro lado, explica que «la carencia de un plan urbanístico en la mayoría de las ciudades provocaba un enorme hacinamiento dentro del recinto amurallado, contribuyendo igualmente al deterioro de la situación sanitaria y espectacular fenómeno de la explosión pestífera.» A ello hay que agregar que aún sigue siendo válido —subraya— establecer una relación entre los períodos de hambre o carestía y la aparición de epidemias de peste.

Luis S. Granjel analiza *Las epidemias de peste en la España del siglo XVII*, que, provocaron al llegar 1700 un descenso demográfico de un millón de habitantes. Estudia el temor a la peste, el desarrollo de la vida cotidiana durante el flagelo, los severos castigos a que se hacían acreedores quienes no denunciaban casos de peste de los que tuvieran conocimiento (2.000 ducados de multa y destierro al peñón por ocho años para los nobles y 200 azotes y diez años de galeras cuando se tratase de personas ordinarias). Luego pasa revista a cada una de las grandes epidemias que padeció la Península durante el siglo XVII: la que se extendió durante el primer lustro del setecientos; la que dio comienzo en Andalucía en 1646 con desastrosas secuelas en los años subsiguientes y, por último, la epidemia que azotó a España en la década final de la centuria.

En un erudito trabajo, José Luis Peset estudia el tema *Epidemias y sociedad en la España del fin del antiguo régimen* y conjetura sobre las causas por las que la peste abandonó a España desde el fin del XVII. De las cinco motivaciones, una: cambio de la rata negra por la gris en el dominio de Europa (en razón de que esta última es menos afecta que su congénere a vivir en las casas); dos: mutación del microbio *Pasteurella pestis* hacia el *pasteurella pseudotuberculosis*, que causaría en el hombre una enfermedad semejante a la fiebre tifoidea y que inmunizaría contra la peste; tres: el descenso

cierto de la temperatura durante el siglo XVIII; cuatro: una mejora leve en la situación alimenticia de la sociedad, y cinco: nacimiento de la higiene pública en la Europa ilustrada. Peset se inclina por esta última, y para probarlo estudia el tratamiento dado a las epidemias de Valencia de 1647 y la de Marsella en 1720, que significan un cambio sensible en las costumbres sanitarias de épocas anteriores. El capítulo final de su ponencia lo dedica al nuevo huésped que llega con el siglo XVIII: la fiebre amarilla, que se convertiría en el flagelo de las siguientes décadas hasta casi fines del ochocientos.

Completan el volumen las siguientes comunicaciones: *Repercusiones de la epidemia de peste de Zaragoza de 1652*, de E. Balaguer Perigüel y R. Ballester Añón; *Repercusiones sociales de la epidemia de fiebre amarilla de Málaga, 1803-1804: posturas tradicionales e ilustradas en el estamento eclesiástico*, de Juan L. Carrillo y Luis García Ballester; *La peste en la Málaga del siglo XVII (1637)*, de Jesús Castellano y Angeles L. Reguero; *Un brote de fiebre amarilla en el puerto de Barcelona en 1803*, por José Danón; *Repercusiones sociales de las epidemias de cólera del sig.º XIX*, de Antonio Fernández García; *Epidemiología gallega del siglo XVIII*, de Delfín Guerra; *Tres historiadores de la medicina española: Villalba, Hernández Morejón y Comenge*, de Víctor J. Marí Balcells; *La sociedad murciana y cartagenera y las epidemias durante los siglos XVII, XVIII y XIX*, de Pedro Marcet Campos y un grupo de colaboradores; *La primera epidemia de dengue en España*, de Antonio Orozco Acuaviva; *Los médicos y la peste de Valencia de 1647-1648*; *Gobierno y poder político en la peste de Valencia de 1647 a 1648*; *Los bandoleros y la peste de Valencia, 1647-1648*, las tres de M. Peset, S. la Parra, María Fernanda Mancebo, J. L. Peset y E. Arquiola; *El doctor Rossell y los temores en España por la peste de Milán, 1629-1631*, de Juan Riera y J. M. Muñoz; *Noticia de una epidemia segoviana de viruela, 1740-1741*; *El libro de la peste (1600)*, del doctor Antonio Ponce de Santa Cruz, ambos también de Juan Riera; *Hambre y enfermedad en Galicia a mediados del siglo XIX*, de María Xosé Rodríguez Galdo; *Importante impulso en el conocimiento científico dado por un médico placentino del siglo XVII*, de M. Sayans Castaños, y *Las epidemias en Andalucía durante el siglo XVI*, de Bernard Vicent.—HORACIO SALAS (López de Hoyos, 462, segundo B. MADRID-33).

Domicilio de Asclepio: Duque de Medinaceli, 4. Madrid-10.

PROXIMAMENTE:

ANTONIO URRUTIA: *De la pintura de Xavier Valls.*

JOSE LUIS PESET y DIEGO NUÑEZ: *Filosofía, Ciencia y Alquimia en la Ilustración española.*

ROMANO GARCIA: *El problema del método en Historia de la Filosofía*

BLAS MATAMORO: *Una teoría proustiana del amor.*

IGNACIO COBETA: *Aquel terrible dolor de cabeza.*

RAUL GUSTAVO AGUIRRE: *El estallido de una rosa...*

JUVENAL SOTO: *Tres poemas.*

BERNARDO SUBERCASEAUX: *«Tirano Banderas», en la narrativa hispanoamericana.*

TOMAS SEGOVIA: *Machado desde la otra orilla.*

JOSE LUIS GARCIA MARTIN: *Textos lingüísticos creativos: la poesía de Carlos E. de Ory.*



PRECIO DEL NUMERO 358:

150 PESETAS



EDICIONES
MUNDO
HISPANICO